

BREVE MEDITACIÓN SOBRE EL DESPRECIO

A la memoria de José Blanco Regueira, amigo y maestro de sensibilidad amable, cuya entrega a la reflexión filosófica nos heredó una extrema pasión por el desencanto.

ecía Michel de Montaigne que el educador verdadero ha de hacer empatar la instrucción con el deleite; y creo, sin temor al equívoco, que quienes aprendimos del maestro José Blanco Regueira lo hicimos precisamente porque conjugaba, de manera magistral, su labor de enseñanza con el gusto de analizar, mediante una lucidez inquietante, nuestra vida triste y empobrecida.

Particularmente, aprendí de él aun sin haber sido formalmente su alumno; lo que no me impidió que me colara a algunas de sus clases como un curioso que gustaba de su discurso inteligente, su cordialidad y su pericia para quebrantar el entendimiento. Siempre fui bien recibido. Me bastó una sola conversación –por supuesto frente a una taza de café, como era su costumbre, y acompañado el suyo de algún cigarrillo– para reconocerle el enorme compromiso que tenía con la filosofía; la cual, dicho sea de paso, consideraba como “un conato guerrillero”, como un empeño solitario o, más radicalmente, como “una enfermedad venérea” que se anida en las entrañas de una Razón de Estado, “un discurso póstumo”, “un desgarramiento” o “una pasión apátrida”.

Tras haberme distinguido con su amistad, encontré en su persona a un hombre de enorme sencillez y congruencia. En cada oportunidad que tuvo

nos recordó que si la filosofía aún tiene algún valor, lo tiene en razón al deseo –siempre insatisfecho– de alcanzar una sabiduría que sólo unos cuantos sospechan hace falta. En la conciencia de nuestras carencias se funda, enseñaba el maestro Blanco, la actitud reflexiva, pero en dicha actitud también se anida la necesidad que emparenta la muerte y el delirio o, lo que es lo mismo, el desarraigo y la *sophia*.

Nunca le agradeceremos lo suficiente el rigor que exigía en el planteamiento de las preguntas. “Rigor oscuro –escribía también para referirse al difícil arte del aforismo– disciplina sorda que violenta las normas de engarce de una razón delictiva. Rigor que no se *profesa*, sino que *se ejerce*, y para el cual, por tanto, no existen profesores”¹ (Ortega, 1990: 9-10). Con él recordamos que la filosofía es, en primer término, vocación; también aprendimos a *degustar* el pensamiento filosófico cuando nos reiteraba que el *philein* que prevalece en él, que ese deseo, ese *gusto*, sólo tiene sentido a costa del *disgusto*; es decir, en proporción directa a una pérdida, a una inconformidad que tiene su centro en la consciente carencia de algo que los filósofos llaman “verdad” y que se encuentra perdida en algún lado.

El pensamiento, afirmaba, es “hijo del pasmo”, de una admiración extremada que nos deja callados y en suspenso. Él mismo nos mostró que del *pasmo* al *espasmo* sólo hay un paso, porque podemos, sin esfuerzo, dejar de estar *perplejos* para convertirnos en *parapléjicos*, ir



de la confusión al lisiamiento, del asombro al espanto, de la expectación al temblor involuntario de nuestro cuerpo impedido.

La siguiente meditación parte de la conciencia de una parálisis o, como el maestro hubiera preferido llamarla, “de los jadeos de una especie desahuciada” (Blanco, 2003: 11). A través de ella quiero rendir tributo al trabajo de un hombre honesto y tolerante, erudito y lúcido, que vivió ceñido a esa condena llamada pensamiento y que subrayó, hasta el cansancio, “que vale más morir con una explicación que perder la vida inexplicablemente a la manera de los animales y las plantas” (Blanco, 1999: 5) porque es a través de ese complemento circunstancial llamado conciencia como la filosofía cobra sentido; y es de ese mismo complemento del que se vale el hombre –ser esforzado y lánguido– para colmar su afán por “aprender a vivir para estar vivo y

1 Cfr. José Blanco Regueira (1947-2004), *Nariz, martillo y cáliz*, en Ariel Ortega, *Alrededor del juego y el deseo* (1990), Toluca, UAEM, pp. 7-11. En este breve texto, José Blanco discurre respecto a una sensación de agotamiento que experimenta al entender la vida como desequilibrio. Sarcástico, como fue, nos recuerda en esas paginitas que la morada del *Logos* se encuentra destruida y que todo intento por rehacerla además de inútil es bufonesco. Sugiere, además, valernos de la nariz para husmear entre los escombros de nuestro acabamiento; y del martillo, para aplastar los intentos por resurgir de nuestras necesidades. ¿Y el cáliz? –se preguntarán–, es la copa sagrada que la “bestia pensante” que somos se empeña en levantar para brindar por la embriaguez que necesita para seguir viviendo.

aprender a morir para estar muerto" (Blanco, 1997: 32).

Blanco Regueira ha dejado sin duda un gran vacío, pero también nos heredó la idea de que ni la apatía, ni la resignación, ni la indiferencia, podrán hacer nos olvidar la tarea básica de todo filosofar: echar luz sobre la vida del hombre.

¿Desde dónde hablar? Esta es una pregunta que he tomado de otra reflexión² pero que a nadie debiera resultarnos ajena. Interrogar sobre el lugar desde el que se habla nos invita a delinear detalladamente el espacio desde el cual se piensa, a describir el terreno en el que se *asienta* el pensar. En otras palabras, la cuestión alude en primer término a un *sitio*, y dicha pregunta tiene, como propósito esencial, descubrir el principio fundante de nuestro pensamiento, hallar el ámbito territorial donde se sitúa aquello que nos fuerza a ejercer todo *pensare*, porque, ¿tiene sentido hablar sin saber desde dónde?, ¿habrá que tener ante tal cuestión –y aunque sólo sea parcialmente– una respuesta antes de proferir palabra alguna? Des-

de esta óptica y teniendo conciencia de que nos hallamos en un mundo aficionado a las distinciones del que no logramos sustraernos, ¿cómo hablar de lo *valioso* de la vida sino es desde una condición de *invalides*?, ¿cómo añorar una *significación* posible sino desde la *insignificancia* que nos define y singulariza? Visto de esta forma, ¿cómo buscar un sitio para todo pensar sino desde el estado en vilo en que se halla todo pensamiento,³ desde la suspensión misma de todo paraje, desde de la imposibilidad de todo *asentamiento*?

La pregunta inicial da cuenta entonces de una *privación*. Ya no es el sitio sino la *pérdida* del mismo la que abre la ocasión de hurgar, no sin pena, en los rastros efímeros que dejan toda ausencia. Sólo así podemos entender que la pregunta por una región donde pueda yacer toda habla sólo puede ser planteada desde el *despojo*, desde la ausencia de una *superficie*. De ahí que dicha interrogante, aparentemente *superficial*, sea tan original cuan insondable; y esto a razón de que no puede el hombre, pese a sus intentos, anclarse a una realidad huidiza, contentándose tan sólo con la *sospecha* de un suelo donde poner los pies.

Todo ejercicio individual del lenguaje responde a una sed de venganza contra la mudez a la que nos orilla este mundo residual. Toda habla no es, entonces, sino la reacción angustiada ante un silencio persistente que los poderosos imponen. Por poderoso entiendo a todo necio que *funde –y confunde–* la querencia con la potencia, el capricho con la fuerza, el deseo vehemente y perverso con su ejecución violenta. Por eso la importancia que da ahora el hombre contemporáneo al mundo es desde su situación *inhumana*. Nuestro *aprecio* por el mundo que fue o que será parte del *desprecio* mismo de este *hábitat* que se vuelve cada vez más *in-habitable*. Es este desdén por un planeta violento el que orilla al hombre, desde la demencial condición en la que se halla, a *querer instaurar violentamente un reino donde la racionalidad –maldita impostora y fraudulenta– pague el precio* de un esfuerzo de siglos, compense el agravio que provocó con sus promesas malhabidas. En esta inhóspita sed de *indemnización* vacía el hombre neciamente su confianza en el porvenir. Y este derrame de confianza –que se precipita al vacío– representa la abdicación humana al *cobro*, la renuncia al oficio de *abonero* con el que el hombre ha buscado, tercamente, *dar ajuste* a unas cuentas que no le salen ni le saldrán jamás.

2 Cfr. José Blanco Regueira, *Estulticia y Terror*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, Col. "El corazón y los confines", 2002, 128 pp.

3 Blanco Regueira recordaba que fue Jean-Toussaint Desanti (1914-2002) quien le enseñara a descubrir con la pregunta inicial la ausencia de sede del pensamiento. Desanti, filósofo francés nacido en Ajaccio (Córcega), fue profesor de l'École normale supérieure de Saint-Cloud y La Sorbonne. Publicó, entre otros títulos, una *Introducción a la historia de la filosofía, Fenomenología y praxis, Reflexión sobre el tiempo, el Filósofo y el poder* y la *Filosofía silenciosa*. Junto con su esposa, Dominique Desanti, concluyó *La libertad todavía nos quiere*. Desanti murió en París el 20 de enero de 2002.

Pero la vida, inmersa como está en una lógica de compra-venta, acaso sólo se asemeje a un juego de azar, a una especie de *lotería vital* donde la ironía y la malicia son los remos con los que, presas de un naufragio inevitable, navegamos en las aguas de un futuro ausente que evocamos desde una respiración anhelosa y enfermiza. En este sentido, sólo cabe concebir la vida como *dichosa* en la medida en que nos sabemos *desdichados* o, peor aún, a razón de saber que la *dicha* es la condición de una selectísima casta de imbéciles que creen tener la vida *comprada*.

Nietzsche nos enseñó hace ya mucho que fueron unos "animales inteligentes" quienes inventaron el conocimiento y decidieron darle *posición*, nombre y *precio* a las cosas. Fueron ellos mismos quienes también sojuzgaron al hombre a una *imposición* moral y jurídica. Mediante la posición arbitraria y la imposición violenta, esos animalillos altaneros —que se resisten a morir por completo— despertaron en *el resto* de los mortales la conciencia de un *adeudo* atávico que aún no terminamos de saldar. Nuestra condición de *deudores* nos obliga,

en primera instancia, a reconocer otros *deudos*, a darnos cuenta de la situación de parentesco que nos hermana a todos los mortales: el *desprecio*.

De esta forma, seguiremos siendo deudores mientras no podamos

extirpar de nosotros mismos el remordimiento de una *liquidación* pendiente. En este sentido, la noción kantiana del *deber* acaso se parezca más al recordatorio que hace el casero a unos inquilinos irresponsables que tienen un alquiler *pendiente*, que a un imperativo moral. Por eso esta vida nuestra que *pende* de alfileres tan delgados como la razón o la fe, nos reitera una y otra vez que si la vida *cuesta*, lo hace a partir de una *cuestación*, de una súplica desesperanzada, de una limosna que no termina de negársenos.

Como *resto* que somos, nada resulta más estéril que fingir que somos la *suma*, la mayoría desengañada que se aferra a una vida ríspida y difusa. Sin embargo, somos unos seres *despreciados* y *despreciables*. Despreciados, porque hoy más que nunca advertimos que *nuestro precio* nunca fue tan alto como creímos; despreciables, porque el estado rastrero desde el cual parloteamos no es digno de ninguna estima o *aprecio*.



En la conciencia de nuestro *menos-precio* podemos situar, no sin estremecernos, que la historia humana no representa otra cosa sino una *depreciación* en la que el hombre, objeto devaluado, va en declive —como cualquier caída bursátil—; declinándose obligado a una precipitación ineludible que lo sumerge en un destino trágico: *la miseria*.

El hombre ya no es objeto de ninguna *cotización*. Sólo los

perdedores —o los tontos— son capaces de *apostarle* en una partida que se sabe perdida de antemano. Sólo un apostador inexperto o delirante, borracho de una inconsciente ignorancia, se puede atrever a dar *su resto* por una bestia detestable, por un ser que confunde los bramidos más crueles con las notas musicales que acompañan una vida *gastada*.

Si el hombre contemporáneo ha perdido su *valor*, lo ha hecho en razón de su conciencia de invalidez. ¿Cómo puede aspirar un parálítico a dar unos pasitos sino desde la silla en la que *asienta* su debilidad y su impotencia, o en razón de unas muletas que simulan el agarradero existencial tan deseado cuan inalcanzable?, ¿cómo entonces exigir nosotros *un lugar* para el habla si mediante esta realización lingüística dejamos *pendiente* nuestra realización humana?, ¿cómo plantear este último tipo de realización sin vislumbrar el cobro de una factura altísima por el *costo* y *mal-gasto* de la vida, producto que, pese a nuestras expectativas, no nos ha dejado *ganancia* alguna?, ¿habremos acaso de pagar este costo a expensas de nuestro *ajuste* inevitable a un *Estado de cosas*, a costa de un *arreglo* a destajo de nuestra condición existencial a un *cálculo* amañado?

Si acaso alguna vez nos congratulamos por el cierre de un *contrato* en el que el intelecto —añadidura antiquísima y pon-

zoñosa— nos hizo creer en nuestro futuro promisorio como comerciantes, hoy nos sabemos hijos del *mal-trato*, víctimas de una apuesta engañosa y fraudulenta. Sin embargo, nuestra condición necia y miserable es la que nos obliga a levantar los ojos desde la postración y a buscar una victoria desde un cuerpo que sucumbe por una *derrota* milenaria. No puede entonces el hombre abalanzarse tras una verdad si no lo mueve la mentira de su pretendida existencia; mentira que se revuelca en el lodo de una mentalidad contaminada.

¿Cómo hablar de la limpieza, ya sea moral o política, si no lo hacemos desde la suciedad de un *Estado de cosas*, desde la inmundicia?, ¿cuál es el límite —si lo hay— entre una y otra, sobre todo si nos pasa por las mientes lo que el autor de *El anticristo* nos mostrara al afirmar que el intelecto humano es un aditamento sombrío y caduco que inventa la designación de las cosas, es decir, que fija *representaciones*?, ¿cómo hablar de honestidad y humildad intelectuales desde la soberbia?, ¿cómo hablar de la verdad si nosotros mismos representamos el engaño más vil, el as bajo la manga de un *por-dios-cero* que va por su revancha?

Buscar un sitio para el habla equivale, en este tiempo agonizante, a la búsqueda de un suelo firme para un cuerpo que carece de piernas. Hablar entonces de un pensar *situado*, resulta tan absurdo como imaginar un ave que *mal-gasta* su vuelo esperanzada en que un soplo celestial la prive, por fin, del trabajo ordinario e infructuoso de un aleteo errante.

Pero por resarcir su *negligencia vital* el hombre ha demostrado incluso que es capaz de *pagar por ver*, de arriesgarse hasta la ruina con tal de entender las reglas de un juego en el que, un jugador sus manos, reparte astutamente las cartas de la vida por pasatiempo, mientras el hombre, *perdedor* y *perdido*, hace malabares con los que divierte a su eterno espectador pero con los que, además, busca *renovar* el *arrendamiento* de una vida tan inestable cuan abyecta.

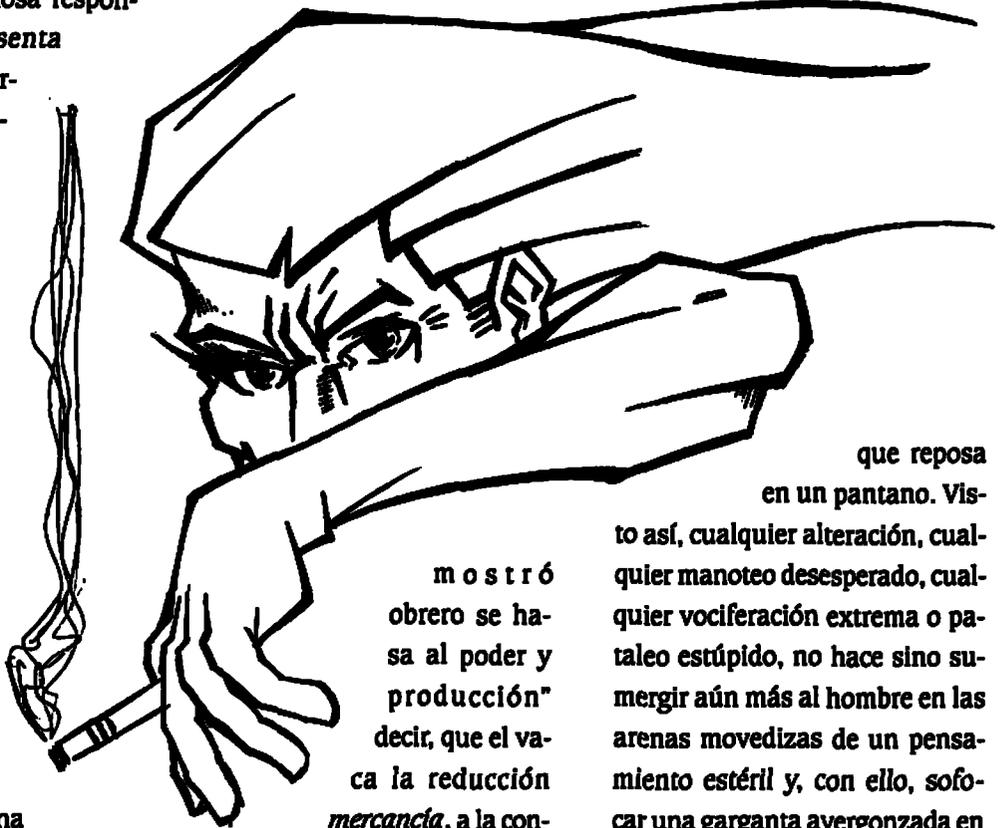
En este sentido, la trágica *situación* de nuestro pensamiento radica precisamente en su *falta de sitio*, lo que permite que escape a toda geografía, a toda demarcación y descripción terrenal.

Esta condición humana se asemeja a la castración de Urano o la ceguera edípica. A la primera, porque es en la castración en donde se origina todo *mal-estar*; a la segunda, porque es mediante la oftalmia como, presos de nuestra propia altivez, nos hemos reducido a la total privación no sólo de lo que vemos sino de lo que somos. Sin embargo, tal vez valdría preguntar ¿no alcanzó Edipo su mayor grado de *lucidez* cuando incrustó el alfiler del resentimiento en sus ojos incestuosos?, ¿no será este *re-sentimiento*, este sentimiento renovado, el que actualiza hoy más que nunca nuestro profundo pesar? Recordemos que Sartre no se arroja a hablar de *la libertad* sino desde su *conciencia de esclavi-*

tud, desde la angustiosa responsabilidad que representa para el hombre cargarse a sí mismo. El autor de *El ser y la nada* tampoco se atreverá a negar a Dios sino a partir del *desamparo* del que se sabe objeto, el abandono más amargo, la *ausencia* más entrañable. Carlos Marx, por su parte, —tan agudo y tan olvidado— nos “que la miseria del lla en razón invera la magnitud de su (Marx, 1968: 73); es *olor de su mundo* impli-total de su persona a una *condición de un supuesto bien* que es el origen de todos sus males. Más cerca de nosotros, Cioran dirá, refiriéndose al literato, que sólo su impudor y su indiscreción lo mueven a escribir la palabra a través de la cual se desvanece. Mediante sus escritos divulga sus miserias y las reitera porque, sentencia, “toda forma de talento va acompañada de una cierta desvergüenza” (Cioran, 1999: 37).

Estos y otros muchos pensadores contribuyen al corte de nuestras falsas percepciones. ¿No será, entonces, en esta *poda del optimismo* en donde radique la conciencia —tan disminuida y desprestigiada— del *despojo* más triste, del *desembarazo* más doloroso por el que pueda atravesar todo mortal? Acaso el hombre esté más *sitiado* que *situado*; es decir, lejos de lograr ningún estadio para el habla nos hallamos presos de las cárceles de todo lenguaje. De esta forma, nos reconocemos incapaces de *situar* el habla, en la medida en la que reconocemos que todo sitio, toda superficie, resulta tan útil como ilusoria para llevar a cabo tal propósito. Tan útil como provechoso es el bastón a la mano del ciego; tan ilusoria, como creer que el bastón tiene sus propios ojos o, peor aún, que sustituye los de un ser que *se conduce ciegamente*.

Atrapados en una inmanente simulación nos hemos percatado, como advierte Jean Baudrillard, “que la propia historia no era en el fondo más que un inmenso modelo de simulación” (Baudrillard, 1993: 18) en la que el hombre, *fingiendo estar sobre el cimient*o, se ha dado cuenta de



mostró obrero se ha a al poder y producción” decir, que el vaca la reducción *mercancía*, a la con-

origen de todos sus males.

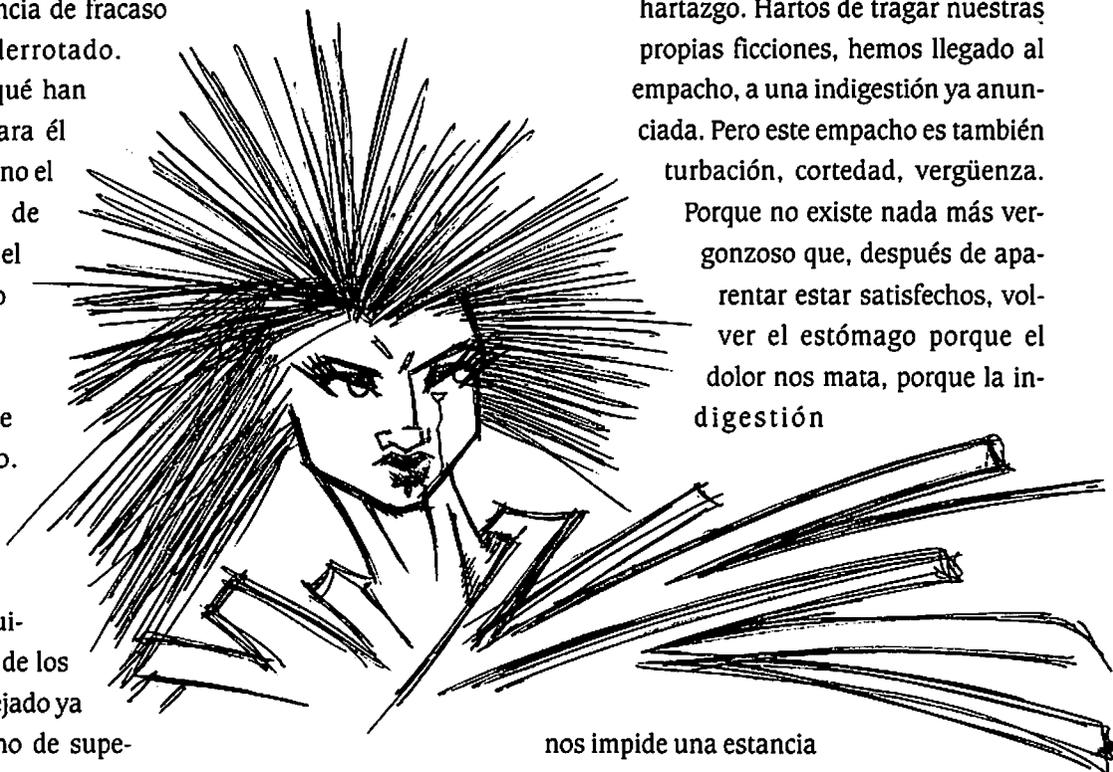
que reposa en un pantano. Visto así, cualquier alteración, cualquier manoteo desesperado, cualquier vociferación extrema o pataleo estúpido, no hace sino sumergir aún más al hombre en las arenas movedizas de un pensamiento estéril y, con ello, sofocar una garganta avergonzada en el fondo cenagoso de una historia que es inútil *contar*.

A una especie de *autismo* nos reducimos al advertir esta situación existencial que nos asemeja a una gallina en corral ajeno. Presas somos también de una *alexia vital* que emerge de no podernos percatar que nuestro aleteo nunca fue el de un águila majestuosa que se transporta por un cielo limpio y sereno, sino el movimiento inútil de unas alas que, sin echar a volar, acompañan el cacareo de un ser pusilánime que *se sabe cercado*.

Si el hombre es un perdedor lo es no tanto por los triunfos que se le han escapado de las manos sino porque su condición de deu-

dor y su conciencia de fracaso lo hacen un derrotado. Pero, además, qué han representado para él "sus triunfos" sino el enaltecimiento de su *prepotencia*, el ensanchamiento de un orgullo que hoy más que nunca se sabe pisoteado. Sin embargo, ¿acaso su *prepotencia* no se ha visto disminuida con el correr de los años? ¿No ha dejado ya el prefijo su tono de superioridad para dar paso a la sospecha de que la *máquina pensante pierde fuerza* en la medida que encuentra *resistencia*? ¿No será que en este *resistir* se anida también un *desistir* ya anunciado? Creo, sin temor a equivocarme, que la historia de la humanidad es el proceso sistemático de engorda por el que ha pasado la estupidez humana; proceso con el que el hombre ha buscado colmar su hambre de significación. Creo, también, que mientras tuvimos una justificación para mantenernos vivos tuvimos también entre las manos un pretexto para mantenernos luchando; no obstante, la pérdida de vigor —producto de la devaluación ya referida— nos conduce a una *renuncia* ineludible.

Y es que la engorda de la que somos víctimas y victimarios nos ha conducido por sí misma al



hartazgo. Hartos de tragar nuestras propias ficciones, hemos llegado al empacho, a una indigestión ya anunciada. Pero este empacho es también turbación, cortedad, vergüenza.

Porque no existe nada más vergonzoso que, después de aparentar estar satisfechos, volver el estómago porque el dolor nos mata, porque la indigestión

nos impide una estancia

tranquila, condenándonos, saciados hasta la embriaguez, a revolcarnos por el piso apretándonos un vientre abultado de necesidades.

El hombre ha dejado de ser un ser renuente, de ahí que su renuncia sea más dolorosa. Su indocilidad se ha visto menguada de manera considerable, sobre todo cuando algún acontecimiento hace patente que su *potencia* nunca ha sido un *acto efectivo* sino un mero *efecto* de probabilidad, la sola impresión que mantiene despierto un ánimo enervado. Ahora el ser humano es uno de los seres más mansos porque la bravura que presumió durante siglos sólo se reduce a una palabra que usó —y usa todavía por una tozuda estupidez— para fingir la posesión de una conciencia tranquila. Sólo basta recordar cómo se hallaba en pleno siglo XVIII, *cegado* por las luces de la racionalidad y del progreso; luces que alumbraban todas sus empresas. Tres siglos después el hombre está *sosegado*, reducido a la quietud de un parálisis. Pero la parálisis que padece es congénita, pues incluso antes de nacer el hombre ha perdido ya la voluntad de sus movimientos. Esta *pérdida* es la llaga sobre la que el dedo de la razón pone su fuerza, el déficit del que se vale para justificar su incumbencia en la dirección de una voluntad que culebrea misteriosamente dentro de las entrañas de un cuerpo tullido.

Hoy nada resulta más pasmoso para el hombre que advertir cómo le amputan sus victorias, cómo se hunden sus ideales en el charco de sangre que produce su cuerpo abatido.

Aplacado por un efecto de bumerang, el hombre sufre las consecuencias de sus propios embates; y *reposa* impaciente mientras hus-

mea entre los escombros de su pensamiento, mientras busca una idea –una sola– que le permita hospedarse nuevamente para mantenerse a resguardo. Es la búsqueda histórica de un alojamiento, la sed de una morada donde se pueda *re-posar*, donde se coloque un nuevo asentamiento, un nuevo principio, el nacimiento de un *depósito*. Pero, ¿podrá el hombre –trago amargo de un cuerpo *expósito*– depositar su confianza en un futuro sin que ese depósito se ensombrezca como lo hace su custodia? ¿Podrá un tiempo, que aún no es, custodiar la esperanza de la que se alimenta sin ni siquiera oler las consecuencias de un pacto endemoniado?

La sed de indemnización que tiene el hombre la tiene en razón de un *depósito*, en proporción directa a la necesidad que lo motiva a creer que todavía se puede confiar en la razón y en su palabra, y que, por tanto, es preciso *esperar*. De esta forma, su vida se reduce a *contener* la ilusión de que se le realizará un pago retrasado que le permita ponerse al corriente, es decir, que le dé oportunidad de estar a la altura de nuevas circunstancias. Pero ya no es posible fiarse de nada ni de nadie. Es por eso por lo que, si alguna vez *prestamos* atención a la razón y sus promesas, lo hicimos siempre con la ilusión de que fuera el anticipo de una fortuna *por-venir*. No obstante, nada ha resultado tan hiriente para nosotros como la conciencia del *fraude* del que somos objeto. Pero, ¿no acaso el engaño es el cáliz con el que hemos consagrado nuestra estupidez y con el que hemos brindado cada vez que logramos ablandar nuestras aflicciones?

Conteniendo una complacencia absurda con la que engordamos una soberbia propia, nos hallamos y sabemos sometidos a la intensidad de unas fuerzas que se empeñan en hacernos pedazos. Visto así, el *reposo* en el que se encuentra el hombre contemporáneo, más que una cuestión voluntaria, es el efecto de un cuerpo *tenso* que se halla inmóvil por poderes que se oponen irremediamente, por movimientos que *lo tiran* en sentidos contrarios. Mediante este estiramiento –que es histórico– el hombre ha dado más de sí, se ha forzado a alargar una vida en la medida en que ha tenido también la necesidad de ensanchar su engreimiento, de estimarse a sí mismo en exceso para dar sentido a los años de vida que la ciencia y la técnica, productos de su invención, le han “regalado”.

Pero decíamos ya que si la vida cuesta lo hace a partir de una cuestación, de una dádiva que no termina de negársenos. En este sentido, mientras que para unos la vida es un deleite, para otros es una *liquidación*, la *infame costumbre de esperar* una vida que cae a cuentagotas; costumbre que nos hace sucumbir, sedientos, ante el escurrimiento de una existencia que sabemos *desperdiciada*.

La vida tiene, mal que nos pese, calidad de líquido, por eso no nos ha resultado tan difícil amoldarnos a la vasija histórica del tiempo

que nos ha tocado vivir pero, además, su *liquidez* nos reitera, mediante la angustia, que la vida no es algo que podamos tener en nuestras manos por siempre, sino que tan sólo representa el suspiro cotidiano de un cuerpo que agoniza. Por otra parte, si comparamos la vida con un líquido lo hacemos a sabiendas de que cualquier cuerpo vivo que carezca de branquias, sumergido en él por mucho tiempo, está condenado al ahogo. Quizá por eso busca el hombre de hoy un respiro, una pausa, porque el ritmo de la vida se parece al embravecido oleaje de un mar que desde lejos busca víctimas.

Ante el embate y golpe de las olas que conforman nuestra vida gastada, el hombre ha aprendido a *liquidar* en la medida en la que se ha visto forzado a pagar el precio de cada uno de sus *vencimientos*, en la medida en la que ajusta cuentas con una Historia que, en razón de sus cálculos, todavía le está en deuda.

Conforme se cumplen los plazos fijados para resarcir sus daños, la razón se carcajea por la imputación que el hombre le hace de la deuda que supone contraída con él. Pero no tiene nada con qué probar la *prestación* de unos servicios sino tan sólo el estado de idiotez que le ha dejado, como *reembolso*, una facultad que hoy deambula torpemente mientras juega a arrojar una moneda por los aires.

Quizá por ello el hombre sigue *desembolsando* de un pensa-

miento en ruina la esperanza en un futuro vacío, porque es esa *vacuidad* la que lo llena de sentido y la que alimenta su necesidad. Suena paradójico pero, ¿qué sería de un recipiente cualquiera sin el espacio *libre* que permite verter en él cualquier líquido? ¿Qué no este espacio *libre* se haya *encadenado* a un cuerpo que lo explica? ¿Qué podemos vaciar en un utensilio repleto sin que aquello que *contiene* se derrame? ¿No ha sido, quizá, mediante un derramamiento semejante como el hombre ha desembocado en el mar de sus angustias, a fuerza de seguir llenando su cobardía con ideas muertas? ¿No será que gracias a este *des-embocar* nos hemos librado de la magnificencia que engullimos durante siglos, grandeza que bebimos insaciables hasta que fuimos presas del ahogamiento? ¿No será la conciencia de un hueco existencial, producto este último de lo que aprendimos a vomitar, la que nos obliga nuevamente a tragar necesidades, a deglutir pretextos y sorber gotas de sentido de una vida que se nos va?

Obligados estamos a *robar*, a apropiarnos ilegalmente de una idea que nos permita, según las leyes de la razón, obtener el certificado de autenticidad de nuestra vida, el documento que testifique que nuestra identidad nos pertenece. Incurrimos entonces en un *delito*, en el que nos imputa la razón por entrar a la fuerza en casa ajena. De esta forma se siente allanada. Pero

nuestra culpa no lo es tanto por la *acción* de la que nos valemos para hacer uso de nuestra *fuerza racional*, sino por la *omisión* en la que caímos al pasar por alto que la razón se impone por *la fuerza*, construyendo un imperio de manera violenta, edificando una *fortaleza* que es inútil *sitiar*.

El hombre es un ser que, no obstante sus pies, *repta*. Condenado está a arrastrarse porque ha sido objeto de una humillación servil. La razón de la que se servía lo convirtió en su siervo; de ahí que ahora anda a rastras buscando por el suelo los mendrugos de un banquete que nunca disfrutó.

Condenado también al *raptó*, el hombre busca ser dueño de sus días pero no puede enseñorearse sino a través de una *apropiación ilegítima*. Pésimo para administrar su vida, ha dilapidado las gotas de una existencia insondable a fuerza de *empeñarse* en sorber los residuos de la fortuna que nunca poseyó, así como el mar devora los restos del naufragio al que se condenó aquel barco que jamás echó a la mar.

Hoy, la filosofía parece reducirse a un ahogamiento y la actitud del filósofo se asemeja al quehacer de un buzo. Sumergido en el fango de la degradación y el menosprecio, el filósofo bucea conteniendo el resuello, atándose a una respiración que sabe le hace falta. Obligado a salir a flote, el filósofo gasta su energía nadando en busca de suelo firme. Y levanta los ojos anhelantes que quieren, a lo lejos, encontrar el vestigio de una superficie, o el vuelo de una paloma que evidencie un paraje cercano, seguro y próximo. Pero para la filosofía, como para el filósofo, ningún establecimiento es lo suficientemente fuerte porque, además, la filosofía representa en sí misma un acto vandálico, pues su quehacer está centrado en destruir lo hecho, en demoler los edificios que, por múltiples fisuras, amenazan por sí solos con desplomarse. Un golpe, eso es la filosofía; pero un golpe de muerte. ¿Cómo puede un ser vencido atreverse a reanudar una pelea que concluyó hace ya mucho y proclamó como vencedor a una mano sin cuerpo, a la idea enferma de un progreso que nunca llegó y que no representa sino el estandarte de un cuerpo decadente y un mundo vencido? ¿Cómo puede el ahogado dar cuenta de su asfixia? ¿Cómo, en su ahogamiento, atreverse a abrir la boca para pedir ayuda, si a través de esta abertura se filtra el líquido que habrá de sofocarlo?

El filósofo lleva en sus entrañas la naturaleza de un tablajero. ¿Qué han hecho los filósofos históricamente sino convidarnos las morcillas de un intelecto enfermo? ¿Habremos aprendido nosotros, comensales de lo improbable, a saciar un apetito insatisfecho a expen-

sas de un envenenamiento por venir? Si hemos compartido la mesa con los filósofos lo hemos hecho a sabiendas de que tanto ellos como nosotros necesitamos *hartarnos* de sentido. Sin embargo, ¿cómo puede el hombre estar *harto* sin haber pasado por el *hurto*? ¿cómo llenar nuestro vacío sin dejar un hueco en otra parte? Para lograr este *trance* tenemos que recurrir a la *tranza*. Tranzar es nuestro destino; *rematar* la vida que nos queda es nuestra condena porque sólo llevando nuestra existencia a *subasta* podemos deshacernos de este cuerpo estorbo que se empecina en respirar.

En este sentido, ¿podemos, entonces, asistir sin espanto al entierro de nuestras ilusiones? ¿Comprenderemos acaso que nuestro oficio ha sido el de un sepulturero que entierra lo que considera muerto mientras hurga, entre la escombrera, queriendo encontrar un vestigio que reanude el sentido, un pretexto que abra la posibilidad de levantar la vista?

Hoy, como nunca, necesita el hombre reanudar el *crédito* en sí mismo para sentirse librado del *descrédito*. Pero este crédito vuelto sobre su propia sombra quizá sólo sea un fantasma que deambula por una conciencia adormecida. Porque para reanudar el crédito en sí mismo el hombre necesita recurrir a las trampas de un principio tan fraudulento cuan estúpido: *borrón y cuenta nueva*.

¿Qué no se ha pretendido esto con la supuesta muerte de la historia y las ideologías? ¿Qué se ha buscado sino aniquilar, de golpe, los testimonios de un descrédito vergonzoso, las pruebas de un fracaso generalizado? ¿Qué se bus-

ca sino el olvido y el per-
un intelecto
u n a

dón, la amnesia de
enfermo, de
loca razón
que hoy
disloca el
pasado
de una
mente ob-
tusa? ¿Qué
nos ha dado
la historia sino
múltiples leccio-
nes de perplejidad
que nos reducen a
una quietud pasmo-
sa, a una atrofia
crónica que nos
lleva lentamente
a la muerte? La



suerte está echada. Si el siglo XX no conoció la luz, éste está condenado a sucumbir en la penumbra. Por eso buscamos ser *absueltos*, porque hoy se hace evidente lo que Sísifo nos mostró hace ya mucho: ser inteligente y ser bandido es lo mismo.

Fugitivos de un pasado que nos avergüenza, buscamos, sin suerte, huir del clamor que anuncia nuestro propio deceso. Para ello hacemos oídos sordos a las campanadas que presagian el entierro de nuestras convicciones, y mudamos nuestra afición de lo *vago* por el pretexto de nuestra *vagues*. Indigentes y ociosos hacemos de nuestro oficio un *artificio*. Simulamos entonces valernos del intelecto cuando, en realidad, el intelecto se ha valido de nosotros hasta desarraigarnos. Jamás el hombre había tenido tanto miedo de sí mismo, pero tampoco nunca se había sabido tan lejano. En proporción a

s u s
progresos au-
menta el temor a su des-
conocimiento. Pero aun así
no cesa de ambicionar; hay
una sed de dominio que lo hace,

torpemente, dirigir, incluso, su mirada hacia "otros mundos". Pero, ¿cómo puede un ciego abrir los ojos sin una mínima dosis de vergüenza?, ¿cómo buscar, a tientas, lo que no se puede agarrar, lo que la historia misma nos recuerda que no hemos de tomar?

¿Para qué abrir unos ojos vacíos? ¿Cómo asir algo con las manos cortadas? Ciegos y amputados, caminamos por inercia en un mundo que sospechamos nuestro. No vemos nada porque como se afirma comúnmente: no hay peor ciego que el que no quiere ver. Pero, ¿acaso estamos dispuestos a reconocer ya lo irreconocible en otros tiempos? ¿Estaremos ya preparados para dar el *tiro de gracia* a nuestra *historia desgraciada* ?

Jamás había sentido el hombre tan pesada la carga de llevarse a sí mismo. Nunca la cuesta se le hizo tan pesada como en este siglo que comienza. ¿Seremos capaces aún de soportarnos? ¿Cargaremos todavía nuestra podredumbre y pestilencia?

Hemos aprendido, con resignación, a lamer la bota que nos pisa y, con ello, también hemos perdido todo valor y toda dignidad. Nada tan indigno como dejar tirada la dignidad a expensas de una limosna de sentido. No obstante, ¿qué sería de nuestro sacrificio si no existiera en nosotros anidada una vocación de matancero? ¿Cómo nos atreveríamos a dar el golpe de muerte al puerco que somos sino

a costa de suponer que el animal sacrificado y el animal que sacrifica son dos seres distintos?

Tan sacrificado es el cerdo que agoniza como aquel otro que levanta la daga. Pero, ¿qué no con este sacrificio hacemos brotar la sangre con la que alimentamos nuestro oficio de carnicero?, ¿qué no priva en nosotros una inclinación malsana hacia el desagüe, hacia el derramamiento constante de la sangre?, ¿qué no ha sido la sangre el cáliz que bebemos para brindar por una superioridad ficticia y con el que nos embriagamos de una tranquilidad ilusa?

Como lobos andamos tras la carne de un cordero que nunca conocimos. Somos presas de nuestras propias garras, el chillido de nuestro propio cuerpo que agoniza. Pero no nos secamos con el viento, no se ahoga en la llanura nuestra quejido milenario. Todos somos estruendo de una victoria absurda. Somos el estallido de una verdad ausente que se lleva en los ojos cansados y sumisos.

Algún día fuimos polvo de una piedra insondable y hoy sólo somos el eco de un bramido sediento. Somos el hueco que queda entre las blandas manos cuando el ave se arroja por los aires y se pierde en su vuelo, o cuando cae, dormida, por el disparo de un cazador lejano. Somos el vacío que llena nuestras venas, el temor que se escurre por la frente gastada. Pero más somos la sospecha de una tarea infundada, la incertidumbre que se dibuja a distancia. Y estamos en el lodo, estéril superficie desde la que hablamos, mezcla de barro y agua que habrá de sepultarnos. ¿Desde dónde hablar entonces? Pues desde el lodo en que nos hallamos, porque no hay mejor lugar –ni mejor palabra– que sintetice el *hundimiento* y la *deshonra* . LC

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, Jean (1993), *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona, Anagrama, Col. Argumentos 142, [Trad. Thomas Kauf].
- Blanco Regueira, José (1997), *La odisea del liberto*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, "Cuadernos de Malinalco" 24.
- _____ (1999), *La camisa de mister Garland*, Toluca, UAEM.
- _____ (2002), *Estulticia y Terror*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, Col. "El corazón y los confines".
- _____ (2003), "Los escombros de Manhattan (o de la positiva ausencia del pensamiento)", *La Colmena*, revista de la UAEM, No. 37, Toluca.
- Cioran, Émile Michel (1999), *Adiós a la filosofía*, Barcelona, Altaya, [Trad. Fernando Savater].
- Marx, Carlos (1968), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, México, Grijalbo, [Trad. Wenceslao Roces].
- Ortega, Ariel (1990), *Alrededor del juego y el deseo*, Toluca, UAEM.
- Sartre, Jean-Paul (1980), *El existencialismo es un humanismo*, Buenos Aires, Editorial SUR, [Trad. Victoria Prati de Fernández].